

Lección 1: Con el virus no se juega

Un día en el cole. Patios divididos por colores, almuerzos que se devoran en el pupitre... Marianistas nos abre sus puertas para mostrar cómo combate la pandemia

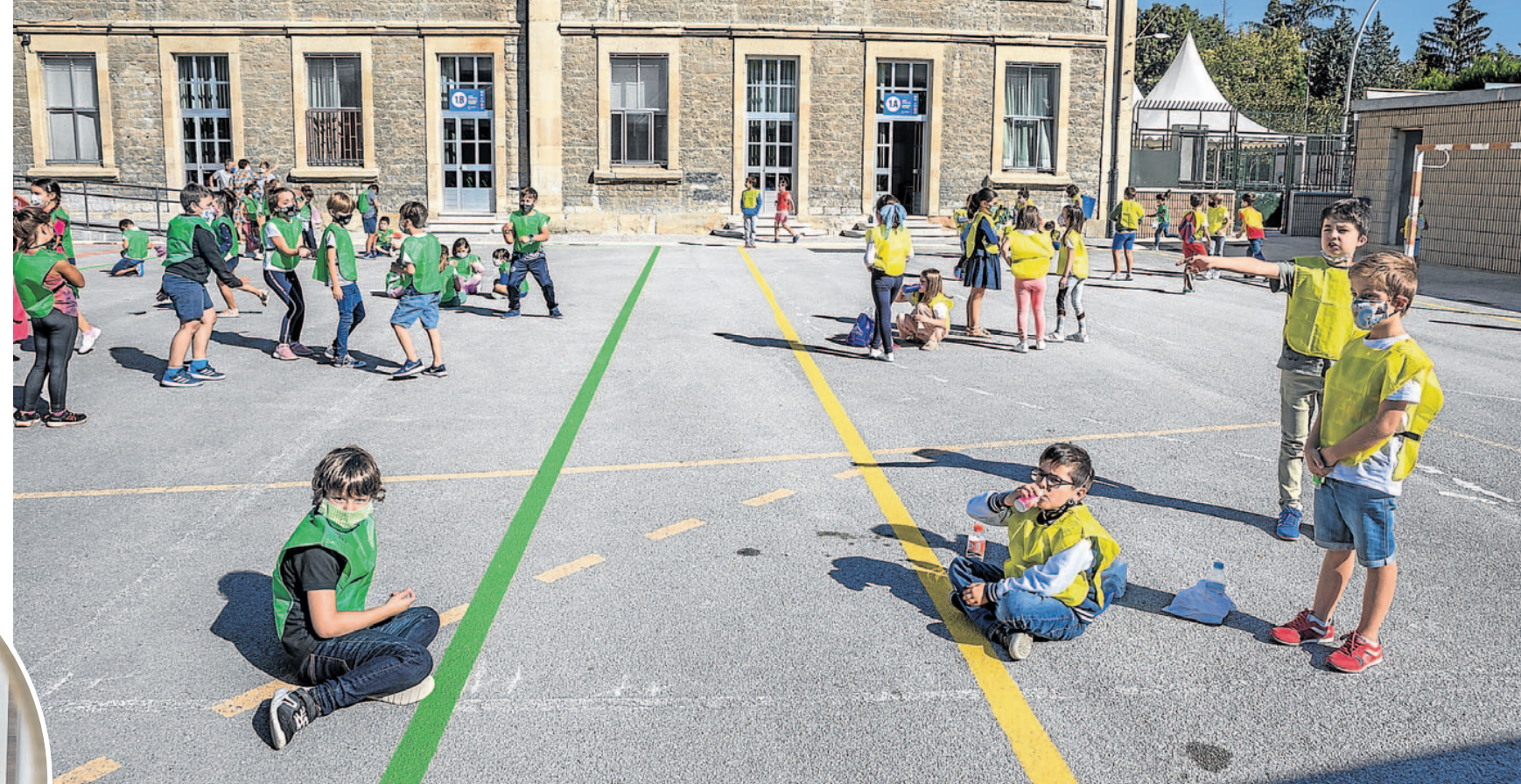


▲ Una profesora imparte clase con mascarilla y protector facial.

IÑIGO CRESPO

Entre pupitres se forjan las amistades más sólidas. Y si no que se lo pregunten a los protagonistas de la fotografía principal que ilustra este reportaje. Se mantienen inseparables pese a pertenecer a aulas distintas, vestir petos de diferente color y estar divididos por rectángulos que marcan los límites para jugar en el patio. Acaban de pasar dos horas clavados en sus sillas, esperando impacientes al recreo. Pero no salen a correr ni a jugar. Prefieren volver a sentarse, esta vez sobre el asfalto, junto al umbral de su territorio y con un rigor impecable. La pandemia de Covid-19 ha cambiado la forma de relacionarnos, ha puesto

innumerables barreras, ha desdibujado el contacto físico... Y, sin embargo, algunos lazos son hoy más estrechos que nunca. Los niños se han adaptado a lo extraordinario con el mismo vértigo con el que se han transformado los colegios de Álava para el curso más extraño e incierto que se recuerda. Pasar una jornada en Marianistas resulta incluso abrumador para un visitante por la cantidad de medidas que han adoptado en el centro vitoriano para evitar cualquier riesgo de contagio. Las entradas escalonadas, los grupos burbuja, la desinfección exhaustiva y el contacto mínimo con el exterior que uno espera encontrarse quedan re-



► 11:00 h. En cada aula se reparten petos de un color para mantener los grupos separados en el patio.



◀ 13:30. Merche y Yenny desinfectan las mesas durante la pausa del mediodía.

ducidos a los primeros puntos de un extenso protocolo en permanente revisión. El goteo de niños en el acceso por turnos se ha llevado por delante esa avalancha tan característica de la vuelta al cole. Los pasillos han pasado de ser una olla a presión a convertirse en espacios huecos y silenciosos. Incluso inquietantes por esa inusual sensación de vacío. El almuerzo es hoy intransferible por lógica aplastante. No resulta nada difícil imaginarse a cualquier alto cargo de la OMS llevándose las manos a la cabeza si viera a dos niños compartir una galleta o dar un bocadillo al emparedado de chorizo del compañero. No solo eso.

Los alumnos apuran el hamaiketako en su propia mesa durante los instantes previos a la salida al patio, segundos antes de enfundarse el peto (verde, amarillo, rojo o azul) que marcará su libertad de movimiento en el recreo. Los dispensadores de gel hidroalcohólico, ubicados en cada

LA CIFRA
1.300
alumnos tiene hoy Marianistas, a la espera de que vuelvan los de 3º y 4º de ESO y Bachillerato.

aula, seminario y zona de trabajo, advierten de que el coronavirus acecha en cualquier rincón. Con todo ello, las mascarillas que amenazan con hacer olvidar los rostros que no se han visto en los últimos seis meses y el continuo lavado de manos, renegar de la pandemia es la mayor utopía en el colegio. «Salid a la pizarra y escribid un temor y una duda», les pide la profesora en un ejercicio para trabajar las emociones en el regreso a las clases. El primer temor que se leyó en voz alta fue «que nos vuelvan a confinar» y la primera duda, «¿cuándo saldrá la vacuna?». Hasta que pasó todo un carrusel de referencias al Co-



vid-19 no surgieron las inquietudes habituales de los escolares. «¿Cuándo nos cambiarás de sitio?». Ese fue uno de los pocos guiños a la 'normalidad' que se produjeron durante la dinámica, que dibujó algunas sonrisas en el aula.

«Trabajar las emociones» Los primeros días fueron más de aterrizaje para los alumnos, a quienes se han diseñado algunos ejercicios para ver cómo han digerido el estado de alarma, el confinamiento y el parón educativo durante los últimos meses. También para algunos padres, que todavía se perdían en el circuito que tienen marcado a la entrada

del centro para evitar el contacto con otros niños. «Tenemos que trabajar las emociones para detectar posibles necesidades durante la primera semana», afirma Joseba Albisu, director de Marianistas. El centro, de hecho, ha reforzado este aspecto en los dos últimos años a través de la Vinculación Emocional Consciente (VEC) con Emotional Network, aunque ha adquirido aún más vigencia por la pandemia. Pero de la misma forma que una situación de emergencia sanitaria no afecta igual en función de la edad, las amenazas del virus son muy distintas para los de la ESO y los menores de 4 años. Los de Secundaria acceden di-

LA CLAVE
REGRESO
Los niños se han adaptado a lo extraordinario tan rápido como los colegios a la nueva realidad



▲ 9:30. El lavado de manos se realiza antes de comenzar las clases.



▼ Las calzas son obligatorias para quienes acceden a las aulas de los más pequeños.

Un mes de adecuación y «flexibilidad total» ante posibles cambios

El ajeteo fue total durante todo julio en los colegios alaveses. Fue entonces cuando los centros educativos comenzaron a adaptar sus instalaciones para la vuelta a las clases más extraña e incierta. Hasta finales de agosto no conocieron el protocolo que diseñó el Gobierno vasco en el ámbito de la enseñanza y que obligó a realizar algunos retoques de

última hora en diferentes instituciones. En Marianistas, además de los recuadros pintados en el patio y en la entrada para agrupar a los alumnos de cada clase, instalaron mamparas, habilitaron nuevos espacios para el comedor, tiraron tabiques para contar con aulas más amplias e instalaron un dispensador de gel en cada aula. «Tenemos que trabajar con una flexibilidad total, también para buscar posibles mejoras durante el curso», afirma su director, Joseba Albisu.

Antes de entrar, además, los alumnos se lavan las manos a conciencia. Algunos de ellos, de hecho, muestran orgullosos los resultados de su palma 'covid-free'. Y los juguetes, por supuesto, se desinfectan uno a uno y con detenimiento, no vaya a ser que el dichoso virus se encapriche del camión con remolque de madera o la pieza de un rompecabezas. Pero en ningún otro lugar del centro se hacen tan grandes las distancias como en el comedor, donde uno se ve rodeado de aspersiones en las que no pueden sentarse los compañeros. Al fin y al cabo, durante la clase hay que atender al profesor y en el recreo

uno puede jugar o moverse con cierto margen. Pero las conversaciones realmente importantes, sobre los juegos, el deporte o el color de la mascarilla, surgen durante la comida, con un buen plato de alubias, carne guisada o un refrescante trozo de melón, que componían el menú del miércoles. Los niños, sin embargo, mantienen un férreo nivel de disciplina durante la pausa del mediodía. «Están concienciados y cooperan, y eso ayuda porque hay mucho trabajo añadido», afirma Patricia Herrero, la directora del comedor de 'Marias'. El primer examen, el del Covid-19, tiene ya el sobresaliente general.